

# **¿Roles de género? ¿Feminidad vs. masculinidad?**

**Lourdes Fernández Ríos**

*Psicóloga. Universidad de La Habana.*

La comprensión de la vida en pareja pasa, sin dudas, por la representación social que con respecto al hecho de ser hombre o mujer existe para determinada cultura y sociedad. Así, Eva Figes afirma que

nuestras ideas sobre el amor entre hombres y mujeres, sobre el matrimonio y la paternidad, sobre la familia y sobre nosotros mismos en su papel de padres, esposos, madres, están condicionadas en gran medida, por la sociedad de la cual somos resultado, mucho más de lo que podamos figurarnos.<sup>1</sup>

En las últimas décadas, los cambios sociales, económicos, científico-técnicos han ejercido su impacto en las concepciones tradicionales con respecto a los roles de género, afectando por consiguiente, la naturaleza del encuentro entre los sexos y de la vida en pareja.

Cuando se habla de roles de género, se indica aquel conjunto de comportamientos previstos, esperados, típicamente apropiados y asignados a uno u otro sexo desde la cultura, en una sociedad y momento histórico específicos. A través del rol de género, se prescribe cómo deben comportarse un hombre y una mujer en la sociedad, en la familia, con respecto a su propio

sexo, al sexo contrario, ante los hijos, incluidas en ello determinadas particularidades personalógicas atribuidas y aceptadas para cada uno de los sexos, así como los límites en cuanto al modo de desarrollar, comprender y ejercer la sexualidad. Desde el vestir, caminar, hablar, gesticular, hasta aspectos más asociados a la subjetividad como la autoestima, autonomía, capacidades comunicativas y ejercicio del poder, entre otras, pasan por las prescripciones del rol, emanando de aquí lo que resulta valioso para reafirmar la feminidad o la masculinidad. Estos valores hacia lo masculino y hacia lo femenino se transmiten generacionalmente a través de las diversas influencias comunicativas existentes en la sociedad, se interiorizan y personalizan, configurando progresivamente una concepción con respecto a la vida amorosa y al encuentro entre los sexos.

Los determinantes socioculturales de los diferentes roles de género han actuado históricamente como normas organizadoras de la vida cotidiana, y han llegado finalmente a concebirse como lo natural, lo dado, lo que es así, como algo que deja poco espacio a la inclusión o innovación individual.<sup>2</sup>

Esta expectativa y tipificación social, se integran a la configuración de la autoimagen, delineando una imagen de sí o identidad genérica, en la medida en que el sujeto trata de adecuar su comportamiento a lo exigido culturalmente para su sexo o al sexo que se le apruebe y estimule desde lo social.

La transmisión de los roles es un elemento esencial en la identidad genérica, lo que propicia progresivamente, la aceptación y sentimiento de pertenencia hacia determinado sexo. Los pilares tradicionales de la masculinidad se encuentran muy asociados a la fortaleza tanto física como espiritual. La primera, además del buen desempeño y la excelencia, incluye la rudeza corporal y gestual, la violencia, la agresividad y la homofobia. La segunda, supone eficacia, competencia; así como el ejercicio del poder, la dirección y definición de reglas, la prepotencia, valentía e invulnerabilidad. La independencia, seguridad y decisión, son también expresión de fortaleza espiritual, unido a la racionalidad y autocontrol. Tampoco debe doblegarse ante el dolor ni pedir ayuda, aunque ello lo conduzca a la soledad. Por eso se le prescribe, por lo general, alejarse de la ternura, de los afectos complejos, de los compromisos afectivos muy profundos, de la expresión de los sentimientos. A partir de ello, al hombre, como tendencia, le resulta intolerable la sobreexigencia, no poco frecuente, de afecto de la mujer.

En el hombre la sexualidad está muy vinculada a su **rol** social. Así, en este plano, debe desplegar también su carrera por la excelencia, debe estar siempre excitado y listo sexualmente, tener buen desempeño y rendimiento, variadas relaciones, ser activo en el coito y responsable del orgasmo femenino. Requiere, a su vez, de la constante admiración femenina como nutrimento de su autoestima, esforzándose más por la demostración de su masculinidad que por su propio crecimiento.

Los pilares tradicionales de la feminidad se asocian a la contradicción maternidad-sexualidad en la mujer. La maternidad es vinculada a la protección, tranquilidad, sacrificio, dolor; al borramiento de la identidad personal para integrarse a la identidad de otros. La maternidad se convierte en la exigencia social que da sentido a la vida de la mujer, el eje de la subjetividad femenina, de su identidad genérica y personal. Esto incluso ha llegado a extenderse más allá del rol maternal específico y se extrapola a vínculos, de otra naturaleza, en los que la mujer reproduce una relación maternal.

A partir de esto, se le atribuyen valores como la sensibilidad, expresividad, docilidad, generosidad, dulzura, prudencia, nobleza, receptividad, y en su caso se acentúa más la orientación hacia los demás, como si su identidad se encontrara más conectada a la relación con los otros, muy dependiente de lo cultural exigido y

de la protección masculina. Asimismo, se le considera más influible, excitable, susceptible y menos agresiva. Su comportamiento es menos competitivo, al expresar su poder en el plano afectivo y en la vida doméstica.

Esta imagen de la mujer-madre niega la imagen de la mujer-sexo, en tanto coqueta, seductora, apasionada. Para la mujer el sexo como placer, visto como algo asequible y de modo masivo, constituye una novedad de las últimas décadas. Ella se adscribe aún al rol tradicional, predominante, cuyos atributos están asociados a la maternidad, aunque desde el estereotipo del sacrificio, la renuncia y la entrega incondicional.

Ambas representaciones sociales de los géneros imponen, tanto a la mujer como al hombre, limitaciones en su crecimiento personal, diseñan subjetividades dicotómicas, contrapuestas, excluyentes, ante las cuales, siguiendo esta visión tradicional, hombre y mujer más que encontrarse, se enfrentan desde la rivalidad, se complementan de modo rígido, incapaces para actuar de modo independiente. Como dice Patricia Arés:

la conformación de estos arquetipos culturales y de patrones de comportamiento según los sexos, desde un punto de vista psicológico, producen en la pareja una relación de subordinación y dependencia de la mujer, “sexo débil”, hacia el hombre, “sexo fuerte”.<sup>3</sup>

Tales estereotipos inciden en el condicionamiento del vínculo entre los sujetos de un mismo sexo y entre los de sexo diferente, influyendo de modo particular en la configuración del vínculo amoroso. A pesar de que mujeres y hombres refuerzan y reproducen los roles genéricos, tanto en la mutua interrelación, como en la educación familiar, la vivencia de los roles desde el sexismo deja su impronta en la integridad personal del sujeto, creando con no poca frecuencia conflictos entre lo que se siente, se piensa y la actuación. Así, la mujer a la cual se le exige debilidad y emotividad, se sabe a su vez fuerte, pero la competitividad puede poner en dudas su feminidad. A su vez, en ocasiones, puede vivenciar con incomodidad la excesiva conexión con los demás; pero aunque a veces necesite y pretenda desvincularse, no siempre se siente capaz de hacerla ni los demás se lo permiten.

Por su parte, el hombre, sobreexigido social, económica y sexualmente, debe ostentar fortaleza, aunque sepa que puede ser vulnerable. Apresado por la perfección, está impedido de expresar debilidad y fracaso, más expuesto al distanciamiento emocional con los demás, a la inseguridad y al estrés. Al gratificar su autoestima desde lo tradicional, sacrifica lo más humano de su existencia. En el conflicto psicológico generado por los roles de género, no solo interviene lo exigido culturalmente, sino también lo que de psicológico integra el sujeto en la propia asimilación del rol, en

función de su identidad genérica y de su personalidad como totalidad. La complejidad e intensidad de este conflicto no solo varía de un contexto sociocultural a otro, sino de un sujeto a otro, en función de sus recursos personológicos.<sup>4</sup>

Las representaciones sociales acerca de los sexos, de lo que significa ser hombre o mujer, de los roles previstos para ambos, de lo que es el amor, la pareja, propias de una determinada cultura y contexto sociohistórico, se incorporan a la subjetividad individual en creciente elaboración individual y mediatización personológica, de acuerdo con los recursos que el propio sujeto va alcanzando en su desarrollo, que como tendencia se complejizan y articulan cada vez más. Así, se pasa de ideas más miméticas con respecto al mandato social, más típicas de niños y adolescentes, a ideas más individualizadas, personalizadas, hacia la edad juvenil y la adultez.

El sujeto no es pasivo, no asume mecánicamente lo histórico-cultural en el propio decursar de su individualización que es también histórica. Así, aunque lo cultural en este plano resulta un contenido de gran fuerza y arraigo en la subjetividad individual -pues por el eje conceptual de lo que significa ser hombre o mujer pasa la identidad personal, genérica y hasta la propia autoestima-, ello no se incorpora de manera mecánica a la subjetividad, sino que en este proceso participa de modo activo el sujeto, el cual, a través de sus recursos personológicos, su madurez y otras particularidades psicológicas derivadas de su condición sexual y de la edad, asimila de modo elaborado, personalizado, la influencia cultural.

En el adolescente, por ejemplo, en franco proceso de reafirmación de su identidad sexual, el afianzamiento del tal tradicional, su dependencia grupal en este aspecto, no es simple expresión de un punto de detención en el progreso cultural como a veces se ha querido ver. En este análisis sería oportuno también considerar la resultante que, en lo subjetivo, se expresa como intercepción de la influencia de lo cultural en interacción con las particularidades personológicas de ese momento del desarrollo, que atribuyen un sentido y configuran un marco, donde se incorpora e integra lo exigido culturalmente a la personalidad como totalidad.

Asimismo, un sujeto cuya personalidad se caracterice por inseguridad, dependencia, determinismo externo, tiende a asumir de modo más rígido y mimético el rol prescrito culturalmente. Comportarse según lo aceptado socialmente constituye, en tales casos, un antídoto para la ansiedad, proporciona seguridad, se convierte en un modo acrítico, pasivo-reproductivo, de asumir dicha representación social. De este modo, lo tradicional aceptado se torna en algo conveniente para reforzar la opinión de sí mismo como persona.

Mabel Burín y colaboradoras ilustran cómo los sujetos dependientes, que se nutren satisfaciendo las exigencias culturales, poseen vivencias de anomia cuando tales exigencias fallan. Refiriéndose a las mujeres pasivo-dependientes, que manifiestan felicidad en su adaptación a las normas sociales a pesar de cualquier costo, dicen que «si están socializadas en el sentido de que su felicidad reside en dedicar sus vidas a sus maridos e hijos, yeso es lo que están haciendo, interpretan entonces su conformidad con felicidad.<sup>5</sup> No obstante, estas ideas pueden originar un punto de debate, pues la vivencia de felicidad es en extremo subjetiva y posee estrecha relación con el sistema de necesidades y expectativas individuales. Por ello, lo que para unos sujetos se experimenta como frustración en este ámbito, puede, para otros, ser causa de plenitud, aunque desde lo externo es posible pensar que tal satisfacción constituye, para muchos casos, más bien un conformismo pasivo no propiciador de desarrollo personal. Por otra parte, el desafío al rol tradicional, la flexibilidad ante el mismo, supone también una personalidad madura, flexible, tolerante al cambio, con capacidad de apertura ante lo nuevo y diferente, segura e independiente; recursos que le posibilitan la criticidad de lo cotidiano, crear estrategias sin adscribirse rígidamente al rol. Así, hay sujetos que asumen el rol que se les asigna y otros que luchan contra él, se movilizan o entran en conflicto. El sujeto incorpora de manera más o menos flexible dichos roles o aristas de estos, así como es capaz de recrear, enriquecer, el propio rol prescrito por la sociedad.

A su vez, la asunción de un determinado rol desde lo personológico hace que también asignemos al otro roles que complementen al que hemos asumido. Adjudicamos al otro un rol en función de nuestras necesidades y configuramos así nuestras expectativas con respecto a él.

Un sujeto participa en varios roles a la vez, algunos compatibles, otros antitéticos; sin embargo, en la asunción de estos intervienen diferentes configuraciones personológicas, que según sea su naturaleza y calidad, y la propia armonía y exigencia de los roles, finalmente se asumirán con mayor o menor facilidad y con unas u otras consecuencias.<sup>6</sup>

Del mismo modo, el rol social, lo exigido desde fuera, puede en mayor o menor grado ser tributario de configuraciones personológicas más o menos desarrolladas o maduras. Vemos aquí también el papel activo del sujeto, en el grado de adopción más o menos intencional de uno u otro rol en función de su subjetividad, sus conflictos, contenidos inconscientes, y demás factores. Por ejemplo, existen sujetos que asumen un rol en condiciones de apoyo externo, como equilibrio parasitario u obediencia automática a las presiones externas, en búsqueda de aceptación y valoración social.

Estos sujetos se pliegan al rol, pero el ejercicio del mismo les compensa, les gratifica su autoestima, su necesidad de seguridad. Opera entonces un pasivismo, un conformismo, una reproducción mimética del rol.

Según sean los roles y, en mutua dependencia, los recursos psicológicos de los sujetos que los asumen, así será el éxito o fracaso en la asunción del rol. De hecho, hay roles ejecutables por unos sujetos y por otros no; hay sujetos cuyos recursos les permiten asumir y ejecutar unos roles y no otros; los hay que se pliegan a cualquier rol, y esto, más que hablar de su desarrollo psicológico, indica inmadurez e indiferenciación, inseguridad e insuficiente autodeterminación. La personalidad madura, como tendencia, integra de modo flexible los roles más variados e incluso contradictorios. Así, el modo en que un sujeto asume un rol determinado nos informa acerca de su personalidad, a la vez que la asunción de un cierto rol deja su impacto en la personalidad del sujeto en cuestión.

En las últimas décadas, los fuertes cambios socioeconómicos y científico-técnicos, han ejercido su impacto en la cultura universal, con su expresión particular en los contextos sociales y momentos históricos específicos. Ello se aprecia también en las representaciones acerca de los roles de género. Actualmente asistimos a una singular movilidad en dichas representaciones. Los contornos de los roles de género ya no son tan nítidos, delimitados ni rigurosos, comienzan a permeabilizarse sus fronteras y a interpenetrarse sus contenidos.

Elizabeth Leonelle, refiere cómo en nuestros días la identidad femenina se encuentra en franca transformación, con un escenario social de mayor flexibilidad y tolerancia.<sup>7</sup> El liderazgo afectivo y doméstico de la mujer va perdiendo su significación tradicional ante el impacto tecnológico en el quehacer doméstico, el énfasis en el sexo como placer ante los avances de la anticoncepción, así como la mayor ocupación e independencia de los hijos fuera del hogar, la disminución del número de estos y las mayores posibilidades en la mujer para su incorporación social.

Emerge, a su vez, un hombre más participativo en la vida familiar, lo que se une al debilitamiento de su omnipotencia y carácter autoritario, que le hace perder paulatinamente el control sobre los hijos ante el irrefrenable desarrollo del saber, de lo que estos últimos son partícipes activos. De modo que los conceptos de maternidad y paternidad sufren también movilidad.

La mujer, históricamente más orientada hacia su interior, así como el hombre más. Hacia la imagen que ofrece de sí, comienzan a experimentar variaciones hacia un encuentro, desde diferentes puntos de partida. La mujer exige ahora más receptividad, respeto y expresividad por parte del hombre, buscando a la vez independencia y suficiencia externa. El hombre,

consciente de los requerimientos femeninos, comienza a vivenciar la ternura como valor y se abre a nuevos espacios que hasta entonces le habían sido ajenos.

Nada de esto está exento de contradicciones. La búsqueda de una nueva intimidad hace al hombre considerar su virilidad en peligro. La mujer no deja de afrontar crisis de sentidos cuando, ante exigencias tan nuevas, sigue aferrada a lo tradicional. En muchas polémicas de nuestro medio acerca de este asunto, el punto se reduce al debate de las aristas domésticas y sociales del rol. Si bien es cierto que, en relación con el sometimiento económico y social, se han atenuado los prejuicios y estereotipos, en sentido universal -y de modo particular en nuestro país-, en el plano afectivo se mantienen otros con igual fuerza, de gran arraigo y condicionamiento cultural. La polémica en torno a la igualdad y la distribución de tareas domésticas *versus* inserción social de la mujer refleja parte de la contradicción más general, pero no su totalidad. Restringir la discusión a este punto, trueca lo condicionante en fin último. Lo que es condición para vivir y crecer en pareja como proyecto, se convierte progresivamente en el proyecto en sí mismo.

La pareja se une para disfrutarse mutuamente y crecer como personas. Sin embargo, esto no es así cuando los sujetos implicados no tienen claridad con respecto a sus proyectos. Puede suceder también que justamente tales contenidos no estén incluidos o no sean precisamente los esenciales dentro del proyecto. Existen además sujetos que configuran sus relaciones sobre la base de cierta inmediatez. En tales casos no es posible hablar con exactitud de proyectos en el vínculo, pues los sujetos implicados no cuentan con recursos para elaborados. Se genera entonces una fuerte tendencia a consumirse en lo cotidiano, a reproducir estilos de relaciones amorosas muy tradicionales, conducentes a lo repetitivo y rutinario. De manera que la infraestructura que en el orden doméstico se requiere para vivir en pareja pasa a ser el proyecto, ante las limitaciones psicológicas de los sujetos interactuantes, y encubre, reales dicotomías no resueltas aún, que tienen su determinación socioeconómica y cultural, pero que, por expresarse en un plano de la subjetividad de mayor profundidad psicológica, se arraigan con más fervor y son más difíciles de resolver. También por ser menos tangible su solución, son menos abordadas. Por otra parte, pretender hallar solución a la polémica a partir de la apertura de espacios sociales a la mujer, o domésticos al hombre, sin profundizar en la real dimensión de la identidad femenina y masculina, es, a mi modo de ver, un pseudoprogreso que reedita el desencuentro.

Hay otro ángulo del análisis imposible de obviar. Se trata de cuando, por razones socioeconómicas precarias (carencia de vivienda, alimentación, recursos materiales,

etc.), los aspectos infraestructurales no pueden garantizarse en lo elemental. En ese caso lo infraestructural permea, entorpeciénolo, el proyecto de crecimiento de la subjetividad individual y de la pareja como espacio intersubjetivo. Con independencia de esto, es importante observar que estamos ante un proceso dinámico de interrelación entre la pareja como entidad abierta y el medio exterior en el cual se inserta, donde las posibilidades del sujeto para afrontar unas u otras limitaciones y contradicciones variarán en dependencia de sus particularidades personológicas, de la naturaleza del vínculo que hayan podido configurar y de la propia especificidad del conflicto. No se trata, pues, de un fenómeno mecánico, a pesar del fuerte impacto de los factores materiales, cuya solución propicia pero no garantiza de modo directo la calidad de la vida en pareja. Se trata de una trama dinámica, en interrelación, en la cual, a pesar del conflicto que siempre genera el ajuste de roles en la pareja, las condiciones socioeconómicas más favorecidas facilitan la alternancia de roles, mientras que, por otra parte, los vínculos más tradicionales y empobrecidos psicológicamente son más vulnerables a la rutina y al estancamiento de los sujetos en el afrontamiento y solución de las contradicciones. Así, junto al cambio que se opera en una serie de aristas de los roles de género, también se aprecia cierta parálisis en otras; y coexiste, por tanto, una contradicción entre lo que surge, permanece y caduca en el rol genérico, de indudable impacto en la vida de pareja.

Desde lo social continúa percibiéndose el rol femenino como desventajoso cuando se lo identifica con maternidad sacrificada, debilidad, dependencia, inseguridad y limitación intelectual; y el rol masculino como privilegiado, cuando se lo identifica con virilidad, fuerza, poder, independencia. Sin redimensionar ambas representaciones, las asignaciones y suposiciones de ventajas y desventajas para uno u otro sexo, no es posible una movilidad de esencia en los roles de género, un real progreso en este sentido; lo que se alcanza es más bien una pseudoalternancia o pseudoprogreso.

A partir de tales representaciones en distorsión, se mantienen las aristas más psicológicamente profundas y afectivas de este fenómeno. Lo que encontramos como tendencia hoy es un hombre que polemiza acerca de su condición de victimario privilegiado o víctima perjudicada; del malestar masculino con sus consecuencias para sí y para los otros;<sup>8</sup> de una virilidad que, aunque poderosa, censura a su vez el diálogo, la intimidad y el aprendizaje, de una sexualidad prolifera no exenta de guiones que hiperbolizan, mitifican y sobreexigen a sus potencialidades, de un esfuerzo complaciente ante los reclamos de la mujer y no un real deseo de ciertos cambios.

Encontramos también a una mujer que intenta progresar, pero, no pocas veces negándose desde lo dicotómico y rivalizador con respecto al hombre, lo cual, más que a un cambio real, conduce a un endeudamiento

doble: con la autorrealización personal y social que pretende alcanzar y con lo cultural tradicional de su rol, como si su identidad actual pasara por el equilibrio constante entre su vida personal y profesional o social.

Hoy, cuando se acrecientan las posibilidades sociales para la mujer, esta se encuentra diluida en un sinnúmero de roles, muchas veces contradictorios y tensionantes. En el proceso lento y complejo de las transformaciones subjetivas, la mujer avanza en lo intelectual y lo social, pero sin sólidos recursos para satisfacer las exigencias derivadas de ello, aferrada aún a estereotipos a pesar de su intencionalidad de romper tradiciones. Se debate pues entre la independencia, competencia, seguridad y optimismo ante los demás, y la inseguridad y malestar emocional cuando está sola. Se percibe como atrapada entre lo nuevo y lo viejo, en una definición de feminidad que no logra abandonar, ni tampoco aceptar,<sup>9</sup> lo cual afecta el ajuste de sus expectativas y su seguridad presente.

Tanto si remueve mucho lo establecido, como si no incorpora lo novedoso del rol femenino, teme la pérdida de la aceptación social. Si despliega excesiva intimidad, teme perder los límites propios, si se torna muy independiente, teme por la suficiencia personal que ello supone o por un posible alejamiento masculino. Compulsada ahora a la competitividad, a la excelencia, teme que el exceso de éxito la haga indeseable ante el hombre o que este descubra que no siempre existe el talento que se aparenta. Presionada a adentrarse en un mundo que hasta ahora había criticado, teme la excesiva integración al mismo. Siente fuertes temores ante la tenencia o no de hijos, en la colisión de la presión de la edad y de la realización social. Desde lo tradicional, vivencia culpabilidad si se atiende mucho a sí misma. Desde el pseudoprogreso, se diluye en tantos roles que tiene ahora poco tiempo para sí misma, para sentirse satisfecha o percibir su autocrecimiento, por lo que se produce más bien un reemplazo de compromisos y exigencias que una articulación y progreso. Así, a partir de mantener la dicotomía y la competitividad entre los roles, se retorna al punto inicial, a un cambio parcial, al desencuentro hombre mujer, a pesar de las posibilidades económicas y sociales contemporáneas. Se siguen enfrentando, alienando, enemistando los sexos, complementándose rígidamente para una ilusoria o precaria satisfacción subjetiva, en la medida en que se va olvidando el núcleo mismo del vínculo: la naturaleza humana.

Va quedando así, para este espacio intersubjetivo, una intimidad dañada, un ejercicio de control más que de respeto y comprensión, fuertes colisiones de expectativas y funciones, privación de necesidades y ataques a la estima personal, incomunicación más que afrontamiento constructivo de las diferencias, a pesar de que algunos se conformen y se satisfagan con la reproducción pasiva del rol.

Se trata, entonces, de integrar en cada uno lo diferente; de buscar lo masculino en lo femenino y viceversa; de integrar al sujeto en una articulación más totalizadora que posibilite el encuentro entre personas y no entre guiones preestablecidos. En la reconstrucción del encuentro entre el hombre y la mujer, ambos necesitan aceptar lo que de mujer y de hombre hay en cada uno respectivamente, de manera que se integren las diferencias en lugar de perpetuar la parcialidad, disociación y polarización.

En estos días, en que -como contraparte del impetuoso desarrollo tecnológico- la vida pulsa por volcarse hacia el interior de la subjetividad humana, ganar en autoconocimiento y conocimiento del otro, redimensionar los lugares históricos, posibilita la aceptación e integración del otro desde lo humano diferente.

Ello apunta hacia una cultura aliviada de autoritarismo y sexismo. Hacia una masculinidad aliviada de omnipotencia, donde la independencia y la fuerza no se identifiquen con el poder y la competitividad, sino que se articulen con la expresividad, apertura, tolerancia al fracaso y al apoyo emocional, con la posibilidad de recuperar los sentimientos como algo humano, aceptar la feminidad en tanto apreciación de lo diferente y liberarse de los mitos y chantajes culturales. Apunta también hacia una nueva feminidad, aliviada de la dependencia y fortalecida en autoestima y seguridad, en la defensa de sus necesidades e identidad personal, en su dimensión activa, emprendedora y la vez capaz de amar y de definir sus límites.

Proceso arduo este, para lo cual no son suficientes las modificaciones en el orden económico y social, sino también transformaciones agudas en el plano de las representaciones sociales y de la subjetividad individual, unidas a las vicisitudes que ello genera. Las transformaciones impulsan hacia el cambio, hacia lo nuevo, conjuntamente con la incertidumbre de lo desconocido, y así promueven el crecimiento. A su vez, el monto de ansiedad ante lo nuevo puede ser tal que genere el temor de perder la seguridad del camino trillado, y se retorne a lo viejo conocido con el alivio del malestar emocional que lo desconocido supone. De ese modo, más que crecimiento, se genera bloqueo, estancamiento, detención.

Avanzar en el encuentro hombre-mujer sitúa a la pareja ante el enfrentamiento de disímiles contradicciones: conocerse, comprenderse a sí mismo y al otro, delimitar y considerar necesidades y prioridades de ambos, trascender la parcialidad en los análisis y admitir que, aunque desde acentos diferentes, ambos pasan por sobreexigencias sociales desde su identidad sexual. Crecer en esta dirección supone polemizar con lo incorporado desde el ángulo histórico-cultural; valorar creencias, sentimientos; salirse de esquemas, de arquetipos, de la obediencia a estereotipos, y buscar un modo más auténtico de vivir, que tipifique más a la persona que al personaje impuesto.

En el logro de estas transformaciones, los recursos personológicos de los sujetos en cuestión poseen especial importancia. En función de estos, movilizar su propia identidad más allá de sí es fuente generadora de ansiedad para algunos sujetos. Para otros es francamente angustiante no poder trascenderse a sí mismos. En el primer caso, se torna rígida la interacción con la realidad, se frena la incorporación de lo nuevo, limitándose el desarrollo. En el segundo caso, hay una apertura a la contradicción con la realidad y a su solución productiva, se propicia el aprendizaje, el desarrollo. Carol Becker señala que

para muchas personas, el temor de verse excluidas de la comunidad, de aquellos que aman, y por ellas mismas, es suficiente para impedirles efectuar demasiadas innovaciones en sus propias vidas o en una conducta que afecte a otros. Pero siempre hay algunas personas creativas, lo suficientemente aventureras como para romper las reglas con el fin de aportar otras nuevas a la existencia. En ellas, la pasión y la necesidad de producir cambios es mayor que el temor a la ansiedad que esto pueda crear.<sup>11</sup>

Si gracias a ellas nos aliviarnos del riesgo del empobrecimiento de la vida social y del acallamiento de la incidencia de hombres y mujeres en esta, causados por la representación en diferentes esferas casi exclusivas de los individuos según su género, bienvenidas sean.

## Notas

1. Eva Figes, *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad*, Madrid: Alianza Editorial, 1972: 13.
2. Raquel Kleinman, Nora Pérez y Cielo Repetto, «Varones y mujeres, qué se espera, qué queremos», *Revista Argentina de Sexualidad Humana*, 6(1), Buenos Aires, 1992.
3. Patricia Arés, *Mi familia es así*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1990: 144.
4. Lourdes Fernández, «¿Roles de género o hacia el encuentro entre personas?», Ponencia presentada al I Encuentro Iberoamericano sobre familia. La Habana, 1993. (Inédita.)
5. Mabel Burín, Esther Moncarz y Susana Velásquez, *El malestar de las mujeres*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 1991: 59.
6. Nathan W. Ackerman, *Diagnóstico y tratamiento de las relaciones familiares*, Buenos Aires: Ediciones Hormé, 1988.
7. Elizabeth Leonelle, *Las raíces de la virilidad*, Barcelona: Editorial Noguer, 1986.
8. Luis Bonino, «Los estudios del varón: la condición masculina a debate», Comunicación presentada al Congreso Iberoamericano de Psicología, Madrid, 1992.
9. Carol Becker, *El drama invisible*, México, D.F.: Editorial Pax, 1989.
10. *Ibid.*
11. *Ibid.*: 44.